# HOMENAJE

RENDIDO A LA MEMORIA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

# D. JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

## DISCURSO NECROLÓGICO

ESCRITO EN VIRTUD DE ACUERDOS DE LAS

REALES ACADEMIAS DE BUENAS LETRAS
Y DE BELLAS ARTES DE SEVILLA

POR EL EXCELENTÍSIMO


SR. DR. D. ADOLFO RODRÍGUEZ JURADO

VICEDIRECTOR Y CONSILIARIO, RESPECTIVAMENTE, DE DICHAS CORPORACIONES


LEÍDO EN SESIÓN PÚBLICA Y SOLEMNE
CELEBRADA EL DÍA 1.º DE DICIEMBRE DE 1918




SEVILLA
TALLERES TIPOGRÁFICOS GIRONÉS, FRANCOS, 49
1918




# HOMENAJE

RENDIDO A LA MEMORIA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

# D. JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

## DISCURSO NECROLÓGICO

ESCRITO EN VIRTUD DE ACUERDOS DE LAS

REALES ACADEMIAS DE BUENAS LETRAS
Y DE BELLAS ARTES DE SEVILLA

POR EL EXCELENTÍSIMO

SR. DR. D. ADOLFO RODRÍGUEZ JURADO

VICEDIRECTOR Y CONSILIARIO, RESPECTIVAMENTE, DE DICHAS CORPORACIONES

LEÍDO EN SESIÓN PÚBLICA Y SOLEMNE
CELEBRADA EL DÍA 1.° DE DICIEMBRE DE 1918





SEVILLA
TALLERES TIPOGRÁFICOS GIRONÉS, FRANCOS, 49
1918






José Gestoso



EXCMO. SR.:

DIGNÍSIMAS AUTORIDADES:

SRES. ACADÉMICOS:

SEÑORAS:

SEÑORES:



ocos homenajes tan justos y debidos como el que hoy venimos a tributar a la memoria del Excmo. e Ilustrísimo Sr. D. José Gestoso y Pérez, miembro ilustre de las Reales Academias de Buenas Letras y de Bellas Artes de Sevilla; y grande acierto el de ambas Corporaciones al reunirse en este día para llorar juntas la eterna ausencia del sevillano insigne, de grata recordación, que, al rendir a la muerte el tributo que hemos de rendir todos, hizo que vistieran de riguroso luto las Artes y las Letras hispalenses.

Y hacemos bien en llorarle; que, si lloró Jesucristo la muerte de Lázaro, santificando así las humanas tristezas por la pérdida de seres queridos; si llora la patria a sus héroes, la ciencia a sus sabios, la Iglesia a sus Pontífices y a sus Pastores, la familia a sus deudos, la religión a todos sus hijos,

justo es que lloremos la muerte del amigo, del compañero, del sabio, del maestro, del patricio, del sevillano, por tantos títulos ilustre, vertiendo esas lágrimas, dulces, santas, llenas de divinos consuelos, que, si de una parte se traducen en tributo de dolor y de cariño a los que fueron, de otra son testimonio de sus méritos y virtudes, y estímulo para que sigamos los senderos que nos dejaran trazados aquellos que, al atravesar los áridos desiertos de nuestra peregrinación por esta vida, fueron sembrando la verdad y el bien, consagrando su existencia, y aun sacrificándola en aras de los grandes ideales, y contribuyendo así al esplendor de la patria, a cuyo engrandecimiento, si es verdad que se llega triunfando en los campos de batalla, ensanchando las fronteras, dominando en todos los continentes, como en aquel siglo de nuestro inmenso poderío y de nuestras espléndidas grandezas, llégase más derechamente y más pronto por los caminos de la cultura; que no conozco, ni existe, medio más eficaz y seguro de hacer patria que laborar incesantemente por la cultura patria.

Pero si acertadas anduvieron ambas Corporaciones al acordar que, en sesión pública y solemne, se hiciera la necrología de tan esclarecido prestigio de la mentalidad española, no tuvieron igual acierto al encomendar este trabajo al que tiene el honor de dirigiros la palabra. La colosal figura en cuyo honor nos congregamos, maestro de maestros en tantas y tan variadas disciplinas, requería—señores Académicos—que cualquiera de vosotros, y no yo, se hubiera encargado de cantar las glorias de nues-

tro inolvidable consocio; se precisaba que persona competente en arqueología, en artes bellas, decorativas e industriales, en literatura y en historia, poseedora de erudición vastísima y de profundos conocimientos en todas estas ramas del gran árbol del saber humano, hubiera venido hoy a presentaros en alto relieve la meritísima labor desarrollada por el insigne Gestoso; menester era que pluma bien cortada, que palabra brillante y elocuentísima, hubiera entonado en este día el himno de admiración, de respeto y de cariño que debemos al recuerdo inextinguible del que tanto honró a estas Reales Academias y constituyó una de las glorias más legítimas de nuestra querida patria.

Pero, desgraciadamente para mí y para vosotros en este acto, ni puedo acometer la ardua empresa de estudiar la magna obra cultural de nuestro ilustre muerto, porque para ello mi incompetencia es notoria, ni tan siquiera me es dado cautivaros con las galas de la hermosa lengua castellana, porque ahora, como siempre, cuando intento aprisionar esas galas para vestir y adornar con ellas mi pobre y desnuda palabra, esas galas huyen, como sombra impalpable que se esfuma, burlando mis afanes, defraudando mis esperanzas, desvaneciendo mis ilusiones, como se desvanecen las espirales del humo, como se evaporan las perlas del rocío cuando las hieren los rayos del sol de la mañana, como se disipa la nube que el viento azota, como se pierde y desaparece la hoja seca que arrastra en su furia el huracán.

Sirva, ello no obstante, de disculpa a los acuerdos

de ambas Academias, que me colocaron en tan difícil trance, y sírvame al par de aliento, a más de vuestra magnánima indulgencia, lo que, en ocasión análoga a la presente, nos dijera uno de los más preciados ornamentos de las letras sevillanas, y diría mejor de las letras españolas, porque su gloria es legítima gloria nacional: «Las necrologías—dijo el venerable maestro D. Luís Montoto—no son biografías ni estudios críticos; antes plegarias que disertaciones, han de expresar el duelo de la familia que perdió uno de sus miembros más amados, y han de dar la sensación del dolor por la pérdida, quilatando los grados de ese dolor por el precio de lo perdido; por ello las necrologías—agrega—no deben escribirse con la inteligencia, deben escribirse con el corazón.» Así, y sólo así, puede explicarse mi designación. Si tuvísteis en cuenta la amistad franca, sincera, íntima, que con el finado me ligaba; si me elegísteis para que escribiera con el corazón, asiento de esa amistad, la necrología de nuestro compañero; si me nombrásteis para que viniera a llorar la pérdida del sér querido, no os equivocásteis: eso podía hacerlo yo sin esfuerzo. Un año ha pasado ya, pasarán más años, y mientras Dios conserve mi vida no se apartará de mí el recuerdo del cariñoso amigo, recuerdo que, a su vez, evoca el de mi venerable padre y el de tiempos felices que pasaron para no volver jamás.

¡Cómo olvidar aquellos días de la primavera de mi vida, en que pasaba horas y horas acompañando en sus trabajos al infatigable investigador de la historia de nuestras artes! ¡Cómo olvidar aque-

llas gratas tareas efectuadas en el archivo más interesante de Sevilla, y en la compañía también de otro excelente amigo, el doctísimo Rodríguez Marín, que, afanoso, acaparaba datos que habían de ilustrar eruditísimamente sus obras! Al calor de aquel trato diario, y para mí tan instructivo y ameno, se estrecharon íntimamente los lazos de la amistad que nos ligara; amistad invariable, desinteresada y sincera; amistad que no ha podido entibiar la ya larga ausencia del ilustre *Bachiller de Osuna,* ni podrá extinguir la ausencia eterna del no menos ilustre Gestoso; que si a la muerte le fué dado cortar con su implacable guadaña la existencia de tan fraternal amigo, el poder de aquélla no alcanza, mientras no corte la existencia mía, a borrar el recuerdo imperecedero de esa amistad, grabado con caracteres indelebles en mi corazón y en mi memoria.

No esperéis, pues, una disertación doctrinal, ni un elocuente discurso. Vengo tan sólo a llorar con vosotros a impulsos del dolor que a todos nos aflige, del pesar que a todos nos embarga, del sentimiento que a todos nos conmueve; vengo a unir mi duelo a vuestro duelo, para que, formando todos, con lo más puro de nuestros afectos y de nuestras intenciones, espléndida corona de pasionarias y de siemprevivas, la depositemos ante el pedestal que mantiene la estatua del recuerdo; y para que así unidos, y utilizando ese maravilloso telégrafo sin hilos que pone en comunicación la tierra con el cielo, y que se llama la oración, dirijamos desde lo íntimo de nuestro sér, envuelta en las sublimes

ondas hertzianas de la fe, una plegaria que, recogida por las divinas antenas de la Misericordia Infinita, haga que nuestro ilustre muerto alcance cuanto antes, si no hubiere alcanzado ya, la eterna felicidad que Dios reserva a los buenos, y qué, desde aquellas regiones de luz y de bienaventuranza, vea que estas Reales Academias sienten profundamente el desconsuelo del vacío que en ellas dejara, y que todos los sevillanos, fieles al lema de su escudo hasta ultrátumba, «no le han dejado», no le abandonan, no le olvidan.

*
* *

Nació D. José Gestoso y Pérez el día 25 de Mayo de 1852 en esta ciudad y en la casa número 5 de la calle que se llamó de la Venera y que hoy lleva el nombre del que fué nuestro ilustre compañero; frontera dicha casa a la en que se halla enclavada la histórica «Concha», indicadora del centro geométrico de Sevilla, parece como que Sevilla, obedeciendo a providenciales designios, quiso que, en lo más íntimo de su entraña, viera por vez primera la luz aquel niño que, en el rodar del tiempo, había de ser uno de sus hijos más amantes, cantor apasionadísimo de sus glorias, defensor ardiente de sus venerandas tradiciones, gala y honor de la cultura patria.

Graduado de bachiller con nota sobresaliente, se licenció en ambos derechos en nuestra Univer-

sidad literaria, siendo ocioso decir que hizo su carrera con notable aprovechamiento, tratándose de quien mostró, desde sus primeros años, una privilegiada inteligencia y un grande amor al estudio. Abogado ya, y cediendo al consejo paterno, aunque contrariando sus inclinaciones, ingresó como pasante en un bufete bastante acreditado entonces en está ciudad. ¡Empeño inútil el del autor de sus días al pretender llevar por ese cauce las excepcionales aptitudes de aquel joven, que corrían impetuosamente por cauce bien distinto! Aún era estudiante y ya alternaba su asistencia a las aulas con sus visitas a las famosas covachuelas del callejón de Regina, buscando anhelante, en aquellas abigarradas almonedas, códices, esculturas, cuadros, azulejos arábigos, papeles viejos y objetos raros de mérito artístico o arqueológico, que todo ello abundaba por entonces en aquellas célebres tiendas, de que apenas quedan vestigios, y en las cuales pasaba muchas horas aquel culto adolescente, recreándose en tantas reliquias del pasado y adquiriendo cuanto le permitían los modestos ahorros de un estudiante.

Fácilmente se colegirá que no era muy asídua su asistencia en el aludido bufete y que poco duró su *pasantía*. Con su peculiar gracejo y viveza de expresión, hubo de referirme más de una vez, y quede como anécdota curiosa de su vida, que aquel letrado, su maestro, comenzó por confiarle el estudio de un voluminoso proceso, que leyó y releyó durante varios días, y cuando hubo terminado la lectura de aquel insoportable fárrago curialesco, díjole el maestro que formulara el escrito de de-

fensa pidiendo la libre absolución de los acusados; mas el novel jurisconsulto, con un gesto de admiración y asombro, exclamó:—¡Pero es posible pedir eso! ¡Si se trata de un robo de caballerías plenamente demostrado!—No importa—replicó el maestro: —fíjese, fíjese y verá que, aunque el robo sea cierto, no hay pruebas contra los supuestos reos.—¿Cómo que no hay pruebas—arguyó el pasante—si resulta que los tres procesados son gitanos y por añadidura reincidentes?—El maestro sonrió y el discípulo se despidió cortésmente jurando en Dios y en su ánima apartarse para siempre de aquella profesión, a la que Dios no le llamaba, y dedicarse de lleno a lo que constituía el bello ideal que desde su primera juventud acariciara, y que no era otro que el Arte y sus gloriosas tradiciones.

¡El Arte! Hálito divino, alimento espiritual de nuestras almas, planta celestial puesta por Dios en este mundo para que el hombre la cultive, que para ello le dió la inspiración y la fantasía; facultad creadora y sublime que endulza la existencia y alegra la vida con su ilusión y sus ensueños. ¡Oh! ¡Si no hubiera fantasía, ni inspiración creadora, ni vibraciones intensas de las fibras más delicadas del corazón! ¡Si no hubiera ensueños de felicidad, ni ensueños de dicha, ni ensueños de gloria, ni ensueños de amor! ¡Si no hubiera esa luz que irradia el Arte y que nos hace columbrar la Belleza increada, perfecta e infinita, no habría ideales puros, nobles y elevados, en el hombre, ni oasis consolador en los desiertos de la vida, ni celestial esfera en que refugiarse para huir de las

impurezas mundanales! Asombra pensar lo que fuera el mundo sin el Arte. Inmenso erial, lleno de abrojos; campo sin lozanía y sin verdor, sin aromas y sin flores, sin aves que nos deleitaran con sus trinos, sin fuentes que nos recrearan con el dulce murmurio de sus cristalinas aguas; noche eterna sin esperanza de alborada; férrea cadena de sufrimientos sin alivio; enjambre humano luchando sin tregua ni descanso en pos de aspiraciones menguadas; lugar sombrío, asilo de la tristeza; valle de lágrimas sin lenitivo ni consuelo.

¡Cuántas veces todos vosotros—muchas veces yo—extenuado el cuerpo y abrumado el ánimo por el peso agobiador de la lucha diaria; cansada la inteligencia por el trabajo, atormentada la memoria con inútiles, ya que no con desagradables recuerdos; oprimida la voluntad y forzada por ocupaciones tantas veces ingratas, y afligido el espíritu por el inevitable contacto con las desdichas y miserias de la vida; cuántas veces, repito, tomando en nuestras manos alguno de nuestros clásicos, y absortos en su lectura, o contemplando esos lienzos de nuestros grandes maestros, nos hemos sentido transportados a otro mundo más alto, más bello, más espiritual, y nos hemos visto como ausentes de nosotros mismos y lejos de esta envoltura carnal y miserable que somete la alteza del espíritu a las torpes exigencias de la materia, y en dulce éxtasis no hemos podido menos de exclamar:—¡Bendito seáis, Dios mío, que, para consuelo en nuestra peregrinación terrena, dejásteis que llegaran hasta nosotros destellos de tu gloria al dar

al genio sus alas para que, remontándose a las purísimas regiones del ideal, produjera obras tan bellas que refrigeran el ánimo, y elevan el espíritu, y hacen soñar venturas ideales, haciendo posible y llevadera la existencia humana!

¡El Arte!, esa cándida paloma que huye de la imperfección que nos rodea y vuela hacia la perfección que idealizamos; que no se posa en espíritus vulgares; que sólo anida en almas privilegiadas y grandes, capaces de saborear sus delicadas dulcedumbres y de sentir sus inefables delicias, halló espléndida morada en el alma grande y delicadísima de nuestro egregio compañero. Gestoso, que, en los días serenos y alegres de su juventud—según él mismo nos refiere—«cuando sentía el alma henchida de deseos sin nombre, de pensamientos puros y de esperanzas sin límites»; cuando leía al más tierno y soñador de los poetas sevillanos, a Gustavo Adolfo Bécquer, las fibras más sensibles de su corazón se conmovían, y el alma del poeta de las *Rimas* penetraba en lo íntimo de su sér, como rayo de sol que diera vida a tantas y tantas imágenes poéticas y visiones inefables; y su espíritu se identificaba con el espíritu del cantor de las golondrinas, y a él unido por estrecho y misterioso lazo, rendíale verdadero culto y profunda admiración. Y así Gestoso fué poeta elegante y delicado, que de tal le acreditan sus *Apuntes del natural* y su *Relación del caso memorable del Racionero Juan Martínez de Victoria;* pero es, además, que Gestoso hizo versos románticos, becquerianos, que nunca quiso publicar en Sevilla; mas algunos vieron la luz en periódicos y revistas de otras provincias, si bien ocultando con dis-

tintos e impenetrables seudónimos el nombre del autor; y cuentan que merecieron de la crítica muy favorables juícios; éxito saboreado modesta y silenciosamente por nuestro ilustre compañero, que no quiso revelarnos los cantos de su lira. Quizá algun día se conozcan los altos vuelos de su inspiración, si entre sus manuscritos se encuentran las cuartillas originales de sus composiciones poéticas, y entonces se confirmará una vez más que, los hombres que tienen alma de artista, suelen poseer aptitudes para muy diversas manifestaciones del arte.

Pero al par que leía a Bécquer, y se familiarizaba con nuestros clásicos, y concurría a las bibliotecas, y frecuentaba el trato con las eminencias literarias de aquella época, y recibía las enseñanzas del muy erudito D. Juan José Bueno, cuya irreprochable manera de escribir en lengua castellana, y cuyo depuradísimo gusto literario tanto influyó en nuestro insigne compañero, éste dedicaba también atención muy preferente al estudio de la historia, con especialidad a la de nuestras artes, y pasaba la primavera de su vida espaciando su espíritu en la contemplación y estudio del espléndido e imponderable caudal artístico que nuestra Sevilla atesora. Y estudiaba el inmenso museo pictórico y escultórico que nuestra ciudad encierra; y las obras meritísimas de esa pléyade de ensambladores y entalladores, vidrieros y brosladores, olleros y forjadores, orfebres y espaderos, estofadores y guadamecileros, que tanto trabajaron y tanto lucieron en nuestra hermosa Sevilla. Y estudiaba las severas construcciones del arte clásico romano, del que tan

notables ejemplares conservamos; y el arte mahometano, del que poseemos tantas joyas de estilo árabe bizantino, mauritano y ojival; y estudiaba con singular predilección el interesantísimo arte mudéjar, ese rayo de luz que surge al contacto de polos tan opuestos, como fueron aquellas dos razas que, al unirse, mezclaron los atauriques y lacerías, y las labores estalactíticas y los esmaltados azulejos, y los geométricos alfarjes y las afiligranadas yeserías con las frondas y carderias; y la fantástica fauna y las delicadas tracerías que adornan impostas, capiteles y apuntados arcos, formando ese maravilloso conjunto en que se funden la inspiración cristiana y la arábiga fantasía para dejar ejecutoriada a nuestra patria, y especialmente a la región andaluza, con los gloriosos blasones de la fe y del genio, de la poesía y del arte. Y estudiaba las obras del Renacimiento y las construcciones del estilo borrominesco, tan despreciado entonces, y objeto hoy de grande atención y detenido examen.

Cultivada su clara inteligencia con tan perseverante y detenido estudio, no es de extrañar que, muy jòven todavía, figurara entre los hombres de reconocido mérito, que tanto abundaron en Sevilla en la segunda mitad del siglo XIX, época de glorioso resurgimiento de las Artes y las Letras hispalenses. Por fortuna, la negra ola del siglo XVIII se alejaba, esa ola engendrada en el último tercio del siglo XVII, después que Calderón escribió sus últimos dramas, y Velázquez pintó sus últimos cuadros, y pasaron a mejor vida Murillo y Valdés Leal; esa ola que invadió hasta

el primer tercio del siglo XIX, y de cuyo pernicioso influjo no se libró la Atenas española, que si en el campo de las Letras no sufrió tanto quebranto, gracias a la Academia que fundara D. Luís Germán y Ribón, en el campo del Arte padeció horrores inenarrables. El inmenso caudal artístico que nos legaran los siglos XVI y XVII sufría tremendas devastaciones; nuestras joyas pictóricas y escultóricas emigraban a impulsos de la codicia e iban a enriquecer museos extranjeros; se fundían las más delicadas obras de orfebrería; se vendían, como cosa vieja y despreciable, riquísimos paños, damascos y brocados; se mutilaban magníficas esculturas, desentonando la expresión de sus rostros al ponerles ojos de cristal, y se enmascaraban otras con sendas pelucas y trajes de guardarropía; se embadurnaban frescos de Luís de Vargas y de otros insignes maestros; se cubrían con cielos rasos soberbios artesonados; se destruían grandiosos monumentos para aprovechar sus materiales, cual si se tratara de cantera informe; se destrozaban elegantísimas construcciones mauritanas, o se cubrían con antiestéticos paredones; y todo esto, y mucho más, se hacía en medio de la general indiferencia, sin que nadie impidiera profanaciones tales, sin que se levantara una voz de protesta, porque la ignorancia era absoluta y el mal gusto universal. No había artistas, no había amantes del arte, y mucho menos del arte antiguo, cuyo clasicismo, cuya belleza no se comprendían, pareciendo como que se aproximaba el fin de los tiempos y que Dios retiraba del mundo la luz divina del arte. Y para que nada faltare a este

cuadro de tan negras tintas, fiel trasunto de una triste realidad, la malhadada invasión francesa, con sus devastaciones y sus latrocinios, mermó considerablemente nuestro tesoro artístico.

Pero al siglo XIX cabe la honra de que en él resurgieran las bellas artes y volvieran a florecer las letras, y por dicha nuestra vimos en la segunda mitad de ese siglo cómo revivía la Atenas española. En ese período, Sevilla vuelve a tener poetas, literatos y artistas, dignos de que sus nombres figuren entre los del siglo de oro; y vuelven a mirarse con respeto las obras de la antigüedad; y se va prestando mayor atención cada día a los monumentos y a las joyas del arte clásico; y se va rompiendo el hielo de la indiferencia, y se va depurando el gusto, y, en suma, se opera un verdadero renacimiento del arte y de las letras sevillanas. Mas este renacimiento, si de una parte era un estímulo para el estudio, de otra constituía gran dificultad para lucir y conquistar un puesto glorioso y descollar entre tantos hombres de valía, dificultad que no lo fué para nuestro inolvidable compañero, que lució y descolló, llegando a influir poderosamente en muchos aspectos de la cultura sevillana.

No satisfecho con tan prolijo estudio de todas las manifestaciones del arte patrio, su alma de artista le llevó a la que, por excelencia, es patria del Arte: a la que fué cuna de Rafael y Miguel Angel, y allí, contemplando las severas construcciones romanas, visitando aquellos espléndidos museos, estudiando aquella infinidad de obras pictóricas, desde las que produjera el pincel místico de

Fra Angélico, que ha entrevistado los ángeles, hasta las que brotaran del pincel naturalista de Masaccio, que ha copiado los hombres, aumentó el ya inmenso caudal de conocimientos de que había dado muestras en sus portentosos libros.

Y como Gestoso era un artista y había tenido el acierto y la fortuna de contraer matrimonio con una ilustre dama, que a su belleza, a sus talentos y a sus virtudes, une una gran cultura, que estrechaba más y más la comunión espiritual establecida por los vínculos del amor, en el hogar dichoso de nuestro insigne compañero, no sólo imperaba la felicidad, sí que también el arte, y su casa constituía un verdadero museo, instalado con gusto irreprochable, que proclamaba las cultas aficiones de sus dueños.

*

* *

El amor que siempre tuvo D. José Gestoso al arte retrospectivo, y el perseverante estudio de los monumentos y obras artísticas de la antigüedad, le avivó el deseo, que sobradamente realizó, de documentar la historia del arte, pudiendo afirmarse, sin incurrir en error, que fué el primero que en nuestra ciudad acometió seriamente la árdua empresa de explorar nuestros riquísimos archivos, algunos de ellos absolutamente inexplorados hasta entonces, marcando así la nueva orientación de la Arqueología, que, como todas las ciencias históricas, ha transfor-

mado su sistema y sus procedimientos. Por fortuna, pasaron aquellos tiempos, no lejanos, en que la historia se escribía mezclada con la leyenda y con la fábula, copiándose lo que hombres de otras generaciones escribieran y aderezándolo con las galas de la inventiva; hoy la crítica, más exigente y más racional, no admite que la fantasía penetre en el campo de la historia; que si ésta ha de ser ciencia, si ha de llenar sus altos fines, forzoso es que se asiente en verdades comprobadas, en testimonios fidedignos ante las reglas del enjuiciamiento racional; y si bien es verdad que la Arqueología dispone de elocuentes testimonios, cuales son las propias obras del arte, hijas de la espontaneidad efectiva del que las produce bajo la influencia de las circunstancias que le rodearon; si es cierto que los monumentos, como ha dicho un eminente arqueólogo, «retratan con exactitud la época en que encajan, y que son como espejos donde se refleja la sociedad a que pertenecen, con sus pensamientos más íntimos, sus flaquezas, sus virtudes y sus merecimientos», no es menos cierto que el retrato queda imperfecto si la documentación no lo fija, lo amplía y lo consagra, ya que estamos muy expuestos al error si no escuchamos más voz que la del monumento, o la obra artística, por muy elocuente que esa voz sea.

Buena prueba de ello nos ofrecen las rectificaciones ya hechas y las que quedan por hacer en orden a la paternidad, y aun a la época, de magníficas producciones del arte pictórico y del escultórico. Por no haberse prestado tanta atención como es debida a los

trabajos de investigación documental, ignoramos hoy mucho de la historia de nuestras artes y seguimos manteniendo tradicionales errores. Por el mero examen de las notables esculturas que en tan considerable número atesora nuestra ciudad, aún no conocemos quiénes fueran los autores de la mayor parte de ellas. Si los arqueólogos, que han venido atribuyendo—y sirva el caso de ejemplo—al inmortal Juan Martínez Montañés la paternidad del hermosísimo Cristo de la Conversión del Buen Ladrón que se venera en la Capilla de Monserrat, hubieran rastreado en los archivos, habrían hallado la escritura pública que se otorgó con motivo de la hechura de tan peregrina imagen, y hubieran visto que no fué Montañés su autor, sino otro artista, digno también de la inmortalidad, y que se llamó Juan de Mesa; pudiendo citarse centenares de ejemplos como este, que demuestran la importancia de la labor investigadora a que tan afanosamente se dedicara D. José Gestoso y Pérez.

Pero no es tan fácil y sencilla esa labor; muy por el contrario, y como dije en otra ocasión solemne, es harto difícil y enojosa. Revolver papeles viejos, legajos manchados por la humedad y corroídos por las alimañas; hojear índices y registros que la mano del tiempo casi destruyó; despestañarse descifrando líneas tortuosas, signos inexplicables, abrevios incomprensibles, letras descoloridas y borrosas; aplicar la paciencia de un benedictino, sin lograr muchas veces otro resultado que el cansancio ante la esterilidad del esfuerzo, es, por demás, empresa aterradora; pero es el único medio de destruir las

fábulas y las leyendas que empañan la verdad histórica y envuelven en sombras y en penumbras las vidas, los hechos y las producciones de los grandes hombres; es el único modo de llegar a comprender el alcance de las obras maestras, y de aquilatar las facultades de los grandes genios, si hemos de obtener la enseñanza saludable de la historia y recrear nuestro espíritu con la posesión de la belleza y del arte. De esos legajos, y de esos índices, y de esas tortuosas líneas, van apareciendo, como por mágico conjuro, las generaciones que nos precedieron y que allí dejaron escritas sus glorias y sus miserias, sus virtudes y sus vicios, sus alegrías y sus penas, sus excelsitudes y sus pasiones, sus esperanzas y sus desengaños; y se reconstituye una época, y se nos ofrece la realidad de una vida que pasó; y van surgiendo como por ensalmo las grandes figuras, y se van dibujando sus líneas y marcando sus caracteres; y vemos al escritor, al artista, al poeta, encajado en su época, rodeado de aquellos con quienes convivió, respirando el ambiente social e intelectual que había de reflejarse en sus obras; podemos apreciar si se adaptó, o se inadaptó, o se anticipó a su siglo, y llegamos, en fin, aunque sea larga y penosa la jornada, a satisfacer nuestras ánsias de saber, aprehendiendo la deseada verdad y arrancándola de la tumba del olvido.

He aquí la ímproba y meritísima labor desarrollada por D. José Gestoso, labor a que dedicó la mayor parte de su vida y cuyos frutos bien se aprecian en sus libros. El riquísimo Archivo de Indias; el muy interesante del Cabildo Catedral; el no menos intere-

sante de nuestro Ayuntamiento; el muy curioso de los Reales Alcázares; los de nuestras parroquias y conventos, y muchos de particulares, fueron campo de acción del infatigable investigador de la historia del arte; pero donde con más entusiasmo y mayor fruto trabajó fué en el Archivo general de Protocolos; muchos años laboró allí asiduamente y mucho exploró, pero fué muchísimo más lo que no pudo explorar; porque desde el año 1907, y para vergüenza de nuestra cultura, oprobio de la ciencia y baldón ignominioso de un país civilizado, quedaron cerradas para aquel hombre, por tantos títulos digno de los más grandes respetos; para aquel sabio, ilustrador de nuestra historia, las puertas que hasta entonces tuvo abiertas de tan importante archivo, convertido hoy en almacén de documentos históricos, sustraídos a la cultura patria, encerrados en inexpugnable baluarte que defienden la férrea muralla de un arancel y el contrafoso de la incultura. Inútil fué que nuestro inolvidable amigo expusiera sus amargas quejas en cuantos libros publicó después de la expresada fecha; inútil que se dirigiera a los poderes públicos en demanda de una ley más racional que la vigente y que pusiera esos tesoros documentales al alcance de los estudiosos; inútil que acudiera a Congresos tan importantes como el de Historia y Geografía celebrado en Sevilla en 1914, y que éste consignara, entre sus conclusiones, la propuesta por D. José Gestoso en orden a este particular; inútil que, sevillanos con representación parlamentaria en la Alta Cámara, interpelaran a los ministros de Gracia y Justicia e

Instrucción Pública; inútiles las gestiones, los esfuerzos, los desvelos de aquel espíritu culto; el secuestro de ese tesoro histórico continúa, y lo cierto y deplorable es que nuestro eminente compañero dejó, por esta circunstancia, incompletas algunas de sus obras; que las ciencias históricas perdieron los inapreciables frutos de la labor investigadora que Gestoso pudo haber realizado en los diez últimos años de su vida, si hubiera tenido a su disposición ese archivo, y que murió con la amargura de no haber hecho cuanto proyectaba en beneficio de la cultura patria. Permitidme que, en este acto solemne, haga mía esa amarga pena y eleve mi voz, como eco de la suya, para consignar ante vosotros, que representáis la cultura, la más enérgica protesta contra las leyes caducas que rigen la materia y que nos han infligido el grave daño de privarnos de muchos y sazonados frutos de la meritísima labor del insigne compañero que perdimos.



Con tan sólida preparación y tan intenso amor al arte y a sus pretéritas glorias, no es extraño que D. José Gestoso y Pérez llegara a ser una autoridad en esa ciencia que, hasta época bien cercana, despertaba poco interés, y que hoy es objeto de atención en nuestra patria, como lo es en todos los países civilizados que estiman su cultura. La Arqueología, aunque triste sea confesarlo, tuvo pocos entusiastas en el período de nuestra decadencia, porque si se

había perdido el buen gusto, si las artes apenas se estimaban, lógico era se mirara con desprecio el arte antiguo y con piadosa sonrisa a los arqueólogos, cual si se tratara de pobres desequilibrados que pasan la vida en investigaciones infecundas. Hace años, cuando, joven aún, nuestro egregio compañero descollaba en el campo de la Arqueología, algunos amigos suyos, jóvenes también y de gran cultura, que formaron notable y festivo álbum con las caricaturas dé muchos hombres de gran valía, le representaron examinando atentamente tiestos rotos, muebles desvencijados y otra porción de trastos viejos, y con esta leyenda al pie:

«Autor de obras luminosas,
que estudia con fe sobrada,
para qué sirven las cosas
que no sirven para nada.»

Claro es que el cultísimo autor de esta cuarteta, que con chiste de tan buena ley caricaturizaba al cariñoso amigo, sabía y sabe muy bien para cuánto sirven la Arqueología y los arqueólogos, y era un admirador de nuestro infortunado compañero; pero, desgraciadamente, son muchos los que creen en la esterilidad de esa labor investigadora, y a los que así piensan fácil sería demostrarles para qué sirve esa ciencia, para qué sirve ese estudio de las cosas viejas, para qué sirven los desvelos y las afanosas investigaciones de los arqueólogos y el papel que éstos desempeñan en el mundo civilizado. La Arqueología y los arqueólogos sirven para ilustrar la historia, para depurar el buen gusto

en las artes, para fomentar la cultura, para evitar que se destruyan y se pierdan los restos del arte clásico, libros siempre abiertos, de perpetuas enseñanzas; para que se tribute honor a la memoria de aquellos nuestros mayores que dejaron impresos en sus obras su genio, que es nuestro genio; su trabajo, que es nuestro primer blasón; su sangre, que es nuestra sangre; su espíritu, que es el espíritu de nuestra raza. Sí; la Arqueología y los arqueólogos sirven para hacer que se miren con respeto las venerandas reliquias del pasado; para evitar que haya propietario tan inculto que tenga destinado a pesebre, o abrevadero de sus caballerías, en la puerta de su cortijo, preciosa urna sepulcral de los cristianos primitivos; para evitar que en nuestros templos se destrocen obras de arte con fines de piedad mal entendida; para impedir que se arranquen, de los muros de una iglesia, inscripciones importantes y figuras bellísimas, so pretexto de decorar una capilla al gusto de una devotísima señora, cuya cultura no corría parejas con su piedad: para evitar que se claveteen las elegantes columnas estriadas de magnífico retablo, con el fin de *decorarlo* con ridículos pabellones de percalina y guirnaldas de flores de papel; para estorbar que se cambien preciosas esculturas montañesinas por antiartísticas figuras de fabricación catalana, juzgando en éstas mayor belleza, por sus vivos colorines, que en aquéllas, ennegrecidas por la acción del tiempo y por el humo de la cera; para que no se intente vender, a astuto negociante, precioso cáliz gótico, soberbio ejemplar de la orfebrería clásica, por

una mezquina cantidad, que se pensara destinar a encalar las dependencias de una sacristía; para protestar enérgicamente contra acuerdos municipales, si los hubiere, que, so pretexto de ensanches, intenten destruir monumentos notabilísimos del arte clásico romano, o admirables construcciones arábigas, o barrios legendarios de típico y peculiarísimo carácter, permitiendo en ellos edificaciones modernistas, verdaderas aberraciones del arte; para todo esto sirven la Arqueología y los arqueólogos; para todo esto, y mucho más, sirvió Gestoso en Sevilla; ninguno como él llenó tan elevada misión cultural; ninguno, antes que él, supo infundir en la opinión pública el respeto que merecen las reliquias del pasado, respeto que no impide el que se preste la atención debida a los problemas modernos de orden económico-social, que tan justamente preocupan la atención pública, que, al fin y al cabo, esos problemas se plantean como lógica e inevitable consecuencia de esa ley divina del progreso humano, que se encamina incesantemente al bienestar del hombre en este mundo, y que no es incompatible con el amor a esas reliquias del pasado, como no lo fueron nunca el cariño que tenemos a nuestros hijos y el muy respetuoso e intensísimo que guardamos a nuestros padres.

Haríase interminable enumerar las muestras que el ilustre Gestoso nos ha dejado de su competencia arqueológica y los grandes servicios que ha prestado al arte antiguo y a la cultura patria. Su labor en la presidencia efectiva y habitual de la Comisión de Monumentos excede a toda pondera-

ción. Activo y celoso vigilante, procuraba y conseguía evitar toda profanación artística que se intentara; intervenía en toda obra que se realizara en monumentos de la antigüedad, y era continuamente requerido por las Corporaciones, autoridades y particulares para emitir su autorizada opinión, siempre que de restaurar edificios u objetos de arte se trataba.

Pero el monumento a que dedicó atención preferentísima, y en el que dejó huellas más indelebles de su ciencia, de su actividad y de su celo, fué el famoso circo italicense; esas interesantes ruínas, cantadas por Rodrigo Caro, que tanta curiosidad han inspirado siempre; que tanto han estudiado historiadores y arqueólogos, sin que hayan conseguido descifrar el misterio que envuelve el origen y la destrucción de la opulenta colonia romana; esa Itálica, que, aunque triste sea, precisa confesarlo, constituye una vergüenza nacional. Sí, no tiene justificación posible que pasen años y siglos sin que los Gobiernos se cuiden de que figure en los presupuestos del Estado consignación que permita acometer la empresa de descubrir los incalculables tesoros de todos órdenes que se hallan soterrados en Santiponce y sus cercanías; y menos explicación tiene aún que no se arbitren medios para que la Comisión de Monumentos pueda atender a la conservación del grandioso circo, cuyo incalificable abandono acarreará, en plazo más o menos cercano, la total destrucción de esos importantes restos, testimonio irrecusable del esplendor y magnificencia de la hermosa ciudad romana, que, desde hace mucho tiempo, debiéramos presentar tan adecentada como merece toda página del

gran libro de la Historia, porque es manantial de fecundas enseñanzas, acicate del turismo y preciada ejecutoria de la cultura de un país, que, en pleno siglo xx, no puede sustraerse a la obligación sagrada de velar por las tradiciones del arte y por las fuentes de la historia, si no quiere divorciarse del mundo civilizado.

Salvo aquellas excavaciones que en la primera mitad del siglo xvi se hicieron por los marqueses de Tarifa y de Laula, y con las cuales enriquecieron sus respectivos palacios de Sevilla y Estepa, las ruínas de Itálica tuvieron la desgracia de que nadie se acordara de tan gloriosa página de la arquitectura hispano-romana, como no fuera para considerarlas cantera abundantísima, utilizable para extraer materiales con destino a nuevas construcciones. No ya en el olvido, en el desprecio más absoluto permanecieron los restos de la gran ciudad desde su destrucción hasta las postrimerías del siglo xviii, en que el ilustre D. Francisco de Bruna y Ahumada, y sus émulos el Conde del Águila y Espinosa y Weterell, y más tarde D. Ibo de la Cortina, realizaron aquellas excavaciones afortunadas que nos dieron a conocer las estátuas de Flora y Apolo, Trajano y Nerva, el primer fragmento de la Diana Cazadora y otros monumentos de mérito, que originaron la formación del Museo Arqueológico Provincial. Algunos otros descubrimientos de menos importancia siguieron a éstos, sin que se hiciera nada notable hasta que el insigne Gestoso comenzara su labor investigadora; pues si bien el muy competente arqueólogo D. Demetrio de los Ríos prestó

grande atención y estudio a este monumento, y aun formó el plano, que todos conocemos, del circo italicense, no tuvo ocasión ni medios de practicar excavaciones importantes.

Gestoso fué el primero que exploró las construcciones subterráneas del anfiteatro, en unión de otro arqueólogo muy competente, D. Francisco Caballero Infante. Fué el mismo Gestoso el que, años más tarde, tuvo la fortuna de hallar lo que con tanto empeño, y tan inútilmente, habían perseguido Bruna, Estévanez Calderón y Demetrio de los Ríos, o sea, la necrópolis italicense; descubrimiento interesantísimo para la Historia y la Arqueología, y que enriqueció nuestro Museo Provincial con notable colección de ataúdes o cajas sepulcrales. Gestoso fué el que, en reciente fecha, y contando con recursos que la Excma. Diputación Provincial le facilitara con largueza, realizó dos obras de verdadera magnitud, cuales fueron: el descubrimiento de toda la construcción central subterránea del circo, que desde la destrucción de Itálica no se había vuelto a ver al descubierto, y la edificación de la preciosa casa de estilo clásico romano, solemnemente inaugurada por SS. MM. los Reyes D. Alfonso XIII y D.ª Victoria Eugenia, y destinada a recibir decorosamente a los muchos e ilustres visitantes del famoso monumento.

La meritísima labor de nuestro inolvidable compañero, en las ruínas de Itálica, bastaría a consagrar una reputación de arqueólogo eminente.

*
* *

El claro entendimiento, la actividad prodigiosa y el vehemente amor que tuvo al arte nuestro malogrado compañero, hicieron que éste diera espléndida muestra de sus excepcionales aptitudes en un orden de conocimientos que es ciencia y arte a la vez, y que, a la vez, es arte bella, decorativa e industrial; de tan ilustre y rancio abolengo, que bien puede afirmarse no hay manifestación de la actividad humana, en el arte y en la industria, que le aventaje en antigüedad, ni que más consagración haya tenido en todos los pueblos y en todas las edades de la historia; arte que inmortalizó Homero cuando, requerido por los alfareros de Samos para que, a cambio de algunas vasijas de barro, les cantase versos, les dijo: «Si fielmente me recompensáis, oh, alfareros, he aquí lo que os cantaré: Ven, Minerva, y ampara con tu favor la tarea encomendada al horno. Haz que esos vasos, y principalmente los destinados a las ceremonias sagradas, se endurezcan al fuego, y que, vendidos a alto precio, inunden los mercados y las calles de nuestras ciudades, y sean, para vosotros que los fabricáis, píngüe granjería, y para mí nueva ocasión de consagraros mis versos. Pero si con impudencia os burláis de mí, vengan a vosotros, no Minerva, sino todas las pestes que devastan el mundo, y caigan sobre vuestro horno Sinárago, Asbeto y Abacto, y especialmente Omódamo, que, más que otro alguno, es el destructor de vuestra industria. Devore el fuego vuestra fábrica; todo lo que el horno contiene, mézclese y confúndase en inservible congerie; enmudezca de espanto el alfarero; resuene el horno

con sordo crujido, semejante al que producen las mandíbulas de un caballo furioso, y todos vuestros vasos, triturados, queden reducidos a un montón de ceniza y cascajo».

La cerámica, tan antigua como la humanidad, pues que vemos sus productos en las cavernas del hombre primitivo, llegó a un gran adelantamiento en Egipto y en Persia, cuyo pueblo enseñó a los árabes los procedimientos técnicos de esta fabricación; los árabes la trajeron a España y adquirió carta de naturaleza en nuestra patria, singularmente en Sevilla, alcanzando inmenso esplendor, y no se construía monumento o edificio que no fuera decorado con los productos de los alfares trianeros. Más tarde, Francisco Niculoso Pisano, importador de un nuevo estilo, produce obras tan bellas como el altar de los Reyes Católicos en nuestro Alcázar; y decora la famosísima portada del convento de Santa Paula, y da un mayor impulso al esplendor de tan hermoso arte, echando los cimientos de una escuela que tuvo tan egregios representantes como Cristóbal de Augusta y Antonio Cambarino.

Pero llegó el nefasto siglo XVIII, que no dejó arte ni industria que no envolviera en sus obscuras tinieblas, y la cerámica trianera llegó a lamentable decadencia. Se olvidaron los procedimientos de la fabricación; la policromía de los azulejos llegó a ser detestable; pintores ignorantes, sin inventiva, sin gusto artístico, y empleando malos colores, decoraban las piezas de vajillas, los azulejos y la vasijería con dibujos incorrectos y extravagantes, creando ese ridículo y detestable género a que llamaron

de *montería,* y en el que vemos tan absurdos disparates; género que aún perdura, a pesar del moderno resurgimiento de esta industria, pues el mercantilismo hace que mantengamos, entre otras muchas leyendas que nos desdoran, la que considera este género del arte cerámico el genuíno y característico del estilo trianero, y como tal se le ofrezca a nuestros visitantes, que hacen buen consumo de ejemplares.

He aquí el lamentable estado a que vino a quedar reducida esta importantísima industria, que no llegó a resurgir hasta que el insigne Gestoso, en los últimos años del siglo XIX, aplicando a ella sus grandes conocimientos, sus aptitudes artísticas, su trabajo manual, su prodigiosa actividad y su cultísima propaganda, consiguió el renacimiento de esta decaída industria, haciendo que llegara a alcanzar el auge, la perfección y el esplendor que hoy tiene en nuestra ciudad querida.

Bien es verdad que, algunos años antes, se habían hecho laudables intentos de resurgimiento de la cerámica trianera, siendo el primero de ellos el que hiciera el excelente ceramista D. Manuel Soto y Tello, al que siguieron Fourrat, los hermanos Jiménez y algún otro; pero estos esfuerzos aislados, estos loables intentos, no consiguieron sacar a la industria cerámica de la postración en que yacía. El renacimiento se opera cuando los hermanos don José y D. Enrique Mensaque, insignes sevillanos de grata recordación, formando compañía con el inteligente ceramista D. Fernando Soto y González, establecieron la fábrica que hoy conocemos, y que,

desde su fundación, comenzó a reproducir fielmente la azulejería clásica. Entonces volvimos a ver, a más de los azulejos de cuenca, resucitados por los Jiménez, los de cuerda seca y los pisanos, y, especialmente, los de reflejo metálico dorado, cuya fabricación había quedado en el misterio más impenetrable desde el siglo XVI.

Pero este noble esfuerzo de la Compañía «Mensaque y Soto» seguramente no hubiera tenido tan franco éxito sin la poderosa ayuda técnica y artística que, desinteresadamente, le prestara el ilustre D. José Gestoso; porque no bastaban los conocimientos químicos y prácticos que poseía el Sr Soto, que, al pie del horno, ensayaba metales, hacía composiciones de sustancias vitrificables y aplicaba las fórmulas que mejores resultados ofrecían; no bastaba que los hermanos Mensaque, conocedores también del arte cerámico, inteligentes y activos y sevillanos de corazón, que, comprometiendo un capital que otros no se atrevieron a arriesgar, mostraran su patriótico entusiasmo por el resurgimiento de la cerámica trianera; se precisaba algo más: era necesaria la dirección artístico-arqueológica, científica, y, más aún, era preciso romper el hielo de la indiferencia con que se miraba esta industria, y que un voto de calidad, muy distinto y muy superior a la propaganda comercial, influyera lo bastante para despertar las aficiones artísticas y hacer salir al público inteligente de ese indiferentismo a que le había llevado la decadencia general de las artes; y he aquí la meritísima labor desarrollada por D. José Gestoso, que, no sólo facilitaba dibujos

y modelos de la época clásica e indicaba los ejemplares existentes en nuestra ciudad más adecuados para ser reproducidos, sino que, con sus propias manos, ejecutaba el género llamado de «cuerda seca», el más difícil de todos, como privativo de una determinada y reducida época, y que requería la inteligente aplicación de elementos decorativos de las obras mudéjares para que resultara la debida armonía de la técnica con los adornos.

Y por si tan importante concurso y tan interesantes enseñanzas teóricas y prácticas no bastaren, Gestoso fué un verdadero apóstol del arte cerámico, un propagandista infatigable y entusiasta; y como su opinión autorizadísima, por ser suya, era constantemente requerida por cuantas personas de buen gusto edificaban o reconstruían sus casas o palacios, su parecer se imponía y los azulejos se empleaban cada día con mayor profusión, como elementos decorativos, hasta llegar dicha industria al florecimiento y esplendor en que hoy la vemos, para honra y gloria de nuestra ciudad.

Y no fué D. José Gestoso únicamente el maestro que con sus enseñanzas contribuyera al perfeccionamiento de la referida industria y con sus entusiasmos la resucitara; fué también el artista, el pintor cerámico que trabajó mucho tiempo en tan difícil arte y produjo obras meritísimas. Díganlo la infinidad de piezas, platos, vasijas y cuadros que en 1892, y con motivo de las fiestas del IV Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, fabricara y pintara, decorándolos con asuntos alusivos a dichas fiestas, inspirados todos en el más

depurado gusto artístico de aquella época. Dígalo la laude sepulcral de la señora madre de otro insigne compañero nuestro, D. José de Velilla y Rodríguez, obra originalísima que los inteligentes encomiaron. Dígalo el magnífico tríptico que sirve de retablo en una de las capillas de la huerta del Convento de PP. Capuchinos de esta ciudad, espléndido donativo que hiciera a dicha comunidad. Díganlo los escudos de los Reyes Católicos, de que hizo varios ejemplares, y los escudos de armas de los Excmos. Sres. Duque de T'Serclaes y D. Anselmo Rodríguez de Rivas. Dígalo la bellísima loseta al estilo del siglo xv representando a Nuestra Señora con el Niño en brazos, y de cuya obra se han hecho infinitas reproducciones. Dígalo el magnífico cuadro de gran tamaño, en el procedimiento de cuerda seca, representando una figura con armadura romana y leyenda de carácter gótico, premiado en la Exposición Artística de Barcelona. Díganlo, en fin, las otras muchas obras que produjera, entre las que se cuentan preciosos platos decorados y de gran tamaño, uno de los cuales tenemos la fortuna de poseer.

Por muchos conceptos el nombre ilustre de Gestoso quedará engastado, como piedra preciosa, en la historia de Sevilla; pero una de sus más relevantes significaciones será siempre la de padre y maestro del renacimiento de la cerámica trianera.

*

*   *

No fué nuestro inolvidable compañero avaro de su ciencia, como algunos otros hombres que adquirieron, con justicia, el título de sabios, porque estudiaron y aprendieron mucho, pero que se llevaron sus conocimientos y su sabiduría a la tumba sin legarlos a sus semejantes. D. José Gestoso, aunque increíble parezca que lo fugaz de la vida del hombre permita tanto, a más de ser un artista, y un poeta, y un arqueólogo, y un erudito, y un artífice, y un investigador en los archivos, y un centinela avanzado en la defensa de nuestra riqueza monumental, fué un sabio maestro que, en la cátedra y en el libro, prodigó espléndidamente su gran cultura. Profesor por oposición en la Escuela Superior de Artes e Industrias de Sevilla, sus conferencias en la cátedra eran escuchadas con interés y con respeto, y en muchas ocasiones asistieron a su clase personalidades de alto relieve, deseosas de escuchar las enseñanzas de tan ilustre maestro. Y fué un escritor brillante, de correctísimo estilo, que sabía manejar el léxico de nuestra lengua con admirable precisión; fué un publicista notable y fecundo, que escribió sobre historia general, ilustrándola con interesantes documentos; y escribió sobre artes bellas, decorativas e industriales, con maestría por nadie superada, y sobre arqueología; y cultivó el campo de las letras, enriqueciendo con datos curiosísimos las vidas de algunos de nuestros clásicos; y colaboró en periódicos y revistas nacionales y extranjeros; y, en fin, su pluma castiza y fecunda legó a las generaciones futuras el inmenso caudal de conocimientos, fruto de su laboriosa vida, y que será

siempre fuente inagotable de provechosas enseñanzas.

Asusta considerar el número y la calidad de los libros dados a la prensa por Gestoso. Cuarenta y seis obras acusa el catálogo de sus publicaciones, sin contar los centenares de discursos, artículos, exposiciones, dictámenes, informes y otros trabajos literarios que, reunidos, formarían considerable y riquísima colección. Nada más lejos de nuestro ánimo que hacer el estudio crítico-bibliográfico de la inmensa obra de Gestoso; sería insensatez siquiera intentarlo, no sólo por notoria incompetencia, sino porque semejante trabajo resultaría impropio de este acto y de imposible ejecución. Se precisaría escribir un libro de muchas páginas, que ojalá haya sevillano amante de nuestras glorias, y suficientemente capacitado, que lo escriba, pues con ello rendiría un tributo muy debido a la memoria de nuestro inolvidable consocio y prestaría un señaladísimo servicio a la cultura patria. Sólo, pues, ligeras indicaciones hemos de permitirnos.

Interesantes por demás, y eruditísimos, son los trabajos intitulados *Apuntes del natural, Pedro Millán, Curiosidades antiguas sevillanas, Noticia histórico-descriptiva del antiguo pendón de la Ciudad de Sevilla, Guía Artística de Sevilla, Un recuerdo de la batalla de Bailén, Necrología de D. Francisco M.ª Tubino, Relación del caso memorable del Racionero Juan Martínez de Victoria, Valdés y Mañara, El navío del Santo Rey Don Fernando, Los Reyes Católicos en Sevilla, Historia y descripción de la Sacristía Mayor de la Catedral de Sevilla, Recuerdos del Monasterio*

*de Nuestra Señora de Regla, Necrología del Doctor D. Fernando Belmonte, Nuevos datos biográficos del maestro Juan de Malara y de Mateo Alemán, Guía histórico-descriptiva del Alcázar de Sevilla, Cristóbal de Morales* (pintor sevillano), *Nuevos documentos colombinos, Documentos para la historia de la primera tipografía mexicana, Juan Sánchez* (pintor sevillano), *Esgrimidores sevillanos, Algunos datos relativos a la historia de América, De Sevilla a Guadalupe, Recuerdos de San Fernando, Descripción de la iglesia y del castillo de Rota....* y ¿a qué seguir? Se precisaría reproducir íntegramente el catálogo de sus libros y folletos, ya que todos son de reconocido mérito, como suyos, y tienen el interés de la documentación, que avalora todas sus obras, fruto aquélla de su perseverante y concienzuda investigación en nuestros archivos.

Pero en la fecunda y meritísima labor histórico-literaria de Gestoso se destacan como grandiosos monumentos sus cuatro obras fundamentales, cualquiera de las cuales bastaría a crear una sólida reputación; cuatro obras que serán siempre de consulta para arqueólogos, historiadores y artistas, y que aseguran la inmortalidad de su autor, porque el nombre de Gestoso se pronunciará por las generaciones venideras con el respeto y veneración que se pronuncian los de aquellos hombres privilegiados que supieron legar a la humanidad fuentes inagotables de perpétuas enseñanzas. El que quiera escribir historia de Sevilla, o estudiar nuestros incomparables monumentos, o tratar materias de arte, o

conocer la historia de nuestras industrias, singularmente de la cerámica, o investigar la paternidad de obras artísticas, tendrá, forzosamente, que acudir a los libros de Gestoso, y su nombre vivirá tanto como el arte y la historia vivan.

La primera de esas cuatro obras es la intitulada *Sevilla Monumental y Artística,* su obra de empeño y que descuella sobre todas las demás. El Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad, por acuerdo de 12 de Febrero de 1883, le comisionó para escribir la historia monumental y artística de Sevilla, y seis años después salía a luz el primer tomo de tan magna obra, terminada en 1892; y buena prueba del acierto de tal acuerdo de encomendar dicho trabajo a persona de tanta competencia en la materia es el mérito sobresaliente de la obra.

Mucho dice en alabanza de ella su prologuista, el eminente y malogrado arqueólogo D. Fernando Belmonte y Clemente, y todo cuanto dice es cierto: pero quizás pudo decir mucho más de libro tan colosal. «Los cultivadores de las artes—escribía el Doctor Belmonte dirigiéndose al autor—sentían la necesidad de una obra que las estudiase en sus progresos sucesivos en la crítica ajustada a los últimos adelantamientos; y en este sentido, después de los laudables ensayos de Ceán Bermúdez, abrió con acierto la nueva senda el conocido autor del volumen dedicado a Sevilla en los *Recuerdos y bellezas de España.* Hoy viene usted a remediar con largueza aquella necesidad, esclareciendo desde las severas construcciones romanas hasta los licenciosos retablos de *rocallas* con las luces de la Arqueología, de la His-

toria y del Arte, hermanadas en su *Sevilla Monumental*. En ella se describen y clasifican con extensión y acierto las venerandas reliquias que dejaron los siglos; en ella se acumula el sazonado fruto de largas vigilias.»

La justicia más estricta inspira estas palabras del sabio arqueólogo. Teníamos noticias históricas y artísticas de nuestra ciudad harto interesantes, figurando en primer término las que nos legara el diligente analista D. Diego Ortiz de Zúñiga; y de Sevilla escribieron Morgado y Arana de Valflora, y Matute y Ariño, y Espinosa y Pons, y González de León y tantos otros; teníamos valiosos libros en que aparece la historia de nuestros monumentos mezclada con la de la ciudad; teníamos descripciones parciales, interesantes monografías, datos y opiniones muy respetables en orden a determinadas construcciones y obras artísticas, pero carecíamos de un estudio completo y acabado de nuestros monumentos y obras de arte, que nos presentara en armónico conjunto nuestra riqueza artístico-monumental, y este vacío lo llenó y colmó la *Sevilla Monumental y Artística* de Gestoso.

Lo colmó, porque no se limitó a describirnos todo el tesoro de arte antiguo que poseemos; no se redujo su labor a emitir juícios y apreciaciones, muy estimables por ser suyos, sino que documentó, como hasta entonces nadie lo hiciera, la historia de nuestras artes, merced al caudal inmenso de erudición adquirida en los archivos durante años y años, y que le permitió ilustrar su obra con un verdadero derroche de datos y noticias abso-

lutamente ignorados. Así se explica que, después de conocida la obra de nuestro insigne compañero, haya habido que rectificar mucho de lo que nos dijeron antiguos y modernos escritores que, faltos de esta documentación, tan difícil de adquirir, incurrieron en anacronismos y errores artísticos, atribuyeron falsas paternidades a muchas joyas del arte y emitieron juícios, cuya equivocación ha resultado evidente después de conocer los verídicos testimonios sacados a luz por nuestro ilustre compañero. He aquí el mérito capitalísimo de esta obra, la documentación, exigida hoy en todo estudio que se refiere a tiempos pasados. En suma, si el insigne Gestoso no hubiera realizado, en todo el curso de su vida, otra labor que la de escribir su *Sevilla Monumental y Artística,* tendría bastante para figurar entre los hijos más preclaros de nuestra nobilísima ciudad.

Complemento de esta hermosa obra, y siguiéndole muy de cerca en méritos y en interés para la historia de las artes, es la que modestamente intituló *Ensayo de un Diccionario de los artífices que florecieron en Sevilla desde el siglo XIII al XVIII inclusives.* Obra verdaderamente notable, pletórica de documentación, y primera y hasta ahora única en su género. Causa verdadero asombro considerar la cantidad y calidad de la labor que representa, sin que se comprenda cómo la vida de un hombre ha bastado para acopiar tan inmenso caudal de datos y noticias adquiridos de primera mano, extraídos pacientemente, durante años y años, de las riquísimas canteras de nuestros archi-

vos, siendo tanto más incomprensible si se tiene en cuenta la obra muerta, la labor infructuosa, el tiempo perdido en el examen de infolios, legajos y volúmenes, que no ofrecieron al investigador resultado alguno de interés. El que no haya practicado esta labor investigadora en los archivos no puede apreciar lo meritorio de ella, pues, a más del caudal de tiempo que requiere y de la vocación que para ella se necesita, precisa una gran cultura, no sólo para interpretar los caracteres de la escritura antigua y orientarse en la organización peculiar de cada archivo, sino para trazar con acierto el plan de la investigación y para hallar el dato o la noticia interesante y darse cuenta de su importancia; y, en fin, para interpretar con rectitud el documento, anotando lo que merezca los honores de la publicidad.

Y decíamos que este *Diccionario* constituye obra única en su género, porque, si bien existían, y ya lo reconoce en el prólogo su autor, los libros muy eruditos de Ceán Bermúdez, de Llaguno y Amírola, del P. Arqués Jover, de D. Marcos José Orellana, de Zarco del Valle y del Conde de la Viñaza, estas obras dedícanse, preferentemente, a ilustrar las biografías de los artistas, propiamente dichos; los meros artífices inspiraron siempre poco o ningún interés a los historiadores del arte, sin tener en cuenta que, así como para formar juício de la grandeza de los mundos siderales, no basta estudiar y conocer los astros de primera magnitud, en el mundo del arte, y mucho más en aquella gloriosísima época en que tan espléndido fué el cielo artístico sevi-

llano, se precisa estudiar los astros de segundo orden para conocer todo el sistema planetario; tanto más, cuanto que el telescopio de la investigación histórica nos está descubriendo cada día que, entre esos astros que parecen secundarios, hay verdaderos soles, cuya existencia ignorábamos.

Buena prueba de ello nos ofrece el *Diccionario* de Gestoso. Él ha sacado a luz artistas notabilísimos que no conocíamos, o que teníamos por meros artífices; él nos ha demostrado que, retablos atribuídos a insignes escultores, fueron obras de modestos ensambladores, cuyos nombres permanecerían ignorados si la labor investigadora de nuestro insigne compañero no los hubiera sacado del montón anónimo de obreros que yace en el rincón del olvido; él nos muestra en infinidad de ocasiones, y con pruebas documentales irrebatibles, cuán equivocados anduvieron muchos críticos del arte al atribuir la paternidad de notables obras artísticas a quienes no las produjeron; él, en fin, ha purgado de muchos errores la historia de las bellas artes, al par que ha echado los cimientos, y algo más, de la historia de las artes industriales.

*Historia de los barros vidriados desde sus orígenes hasta nuestros días* es otra de las obras nótables de Gestoso; obra con razón premiada por la Real Academia de la Historia en concurso general y público celebrado para adjudicar el premio del Barón de Santa Cruz, porque su mérito absoluto es evidente; obra que, como todas las de nuestro insigne compañero, será siempre de consulta, pues a ella tendrán que recurrir cuantos quieran

conocer todo lo referente a esa interesantísima industria del barro, mirada antes con tanta indiferencia, y objeto hoy de grande estudio y aplicación en nuestra ciudad, merced a los perseverantes y entusiastas trabajos del autor de dicho libro. Y será siempre de consulta, porque ninguna otra obra existe que atesore tantas enseñanzas históricas, técnicas y prácticas, ya que es difícil hallar quien reuna las excepcionales aptitudes de su autor; arqueólogo, artista, obrero y escritor notable, forzoso era que, al tratar de la industria cerámica por él practicada y objeto de sus profundos estudios, mostrara tan espléndido caudal de conocimientos en esa industria, que ocupa lugar tan señalado entre las artes bellas, y expusiera dichos conocimientos con la claridad y en la forma irreprochable que caracterizan todas sus producciones.

Y tiene esta obra, como las demás de Gestoso, el mérito de haber sido la primera en su género. Cierto que se había escrito de cerámica, y que son conocidos el folleto del Sr. Rico y Sinobas sobre el *Vidrio y cuchillería;* el opúsculo del Barón Ch. Davillier, *Azulejos sevillanos del siglo XIII,* de D. Guillermo J. de Osma, y otras monografías y artículos que vieron la luz en periódicos y revistas; pero un estudio tan completo de la azulejería sevillana, una historia tan documentada de esta industria, un libro que contuviera tanta doctrina y tantas enseñanzas prácticas, no se conoció hasta que Gestoso publicó su *Historia de los barros vidriados.*

Obra notabilísima también es la última produc-

ción de nuestro infortunado compañero. Difícilmente se hallará, en nuestra copiosa bibliografía artística, trabajo biográfico más completo que el del pintor sevillano Juan de Valdés Leal, publicado pocos meses antes del infausto suceso que hoy nos congrega. Las curiosas noticias que contiene, la exuberante documentación que saca a luz, nueva muestra de su ímproba labor investigadora; los atinadísimos juícios que emite en orden a las maravillosas producciones de aquel artista genial, merecedor de figurar entre los grandes maestros cuyos nombres esmaltan la historia del arte pictórico sevillano, y la magnífica colección de fotograbados que ilustra y avalora tan interesante libro, hacen que éste sea digno remate del grandioso monumento levantado con sus obras por el insigne Gestoso.

Y es al propio tiempo este libro una obra de justicia. Aunque parezca increíble, el autor de las *Postrimerías,* el que supo darnos el más acabado concepto de lo deleznable de la vida y de la realidad pavorosa de la muerte; el que produjo cuadros tan hermosos como el de la *Visión de San Ignacio de Loyola;* el pintor de colorido brillante, flúido y transparente y de ejecución portentosa, fué objeto de los más desfavorables juícios por algunos críticos de arte, llegando a tratarle despectivamente, unos por apasionamientos insanos, otros por desconocer las producciones de tan insigne maestro, otros, en fin, por notoria incompetencia. Gestoso, que conocía y admiraba la obra de Valdés Leal, tomó a su cargo la defensa de esta gloria de la escuela sevillana, y en el último de sus libros destruyó

tan injustas apreciaciones, volviendo por los fueros de la verdad y de la justicia y dejando consolidada para siempre la merecida fama de aquel ilustre hijo de Sevilla.

Después de la publicación de este libro, y ya quebrantada la salud de nuestro compañero por la penosa y traidora enfermedad que le llevó al sepulcro, sólo volvió a tomar la pluma para escribir unos interesantes artículos en el periódico *El Correo de Andalucía,* relacionados con el inventario de los objetos de arte que se vendieron en la famosa almoneda del Dr. Gerónimo de Herrera, documento curioso que tuve la fortuna de hallar entre papeles viejos, doblemente interesante por figurar en aquél el nombre del Príncipe de los Ingenios, del gran Miguel de Cervantes Saavedra.

Si la muerte suele llegar antes de lo que la humanidad desea, tratándose de los grandes hombres siempre llega demasiado pronto, y esto ha acontecido con nuestro inolvidable amigo, que, por su edad no avanzada y por la frescura y lozanía de su poderoso entendimiento, pudo habernos legado nuevas joyas literarias, de haber vivido algún tiempo más. Deja terminadas y pendientes de publicación *Noticias inéditas de impresores sevillanos, Cruces y retablos,* y otras más que bueno fuera que estas RR. Academias procuraran que tan interesantes trabajos salieran a luz, agregando así nuevo florón a la espléndida corona de las letras hispalenses. Deja en preparación *Nombres de calles de Sevilla,* y entre el inmenso material de trabajo que tenía acumulado figura el que se proponía

utilizar para una obra, con vehemencia deseada por todos los sevillanos cultos, obra cuya necesidad se nota, y más de una vez este vacío ha ocupado la atención de la Academia de Buenas Letras; refiérome a la colección completa de *Leyendas y Tradiciones sevillanas*. ¡Lástima que la inoportuna muerte cortara con su torpe mano el hilo de la existencia de nuestro egregio compañero, privándolo del tiempo que necesitara para sacar a luz tan interesantes producciones y privándonos de saborear estos nuevos frutos de su erudición y de su ingenio, con que tanto se hubieran enriquecido las letras hispalenses!



Pero si Gestoso, literato, poeta, artista, investigador, erudito, publicista, arqueólogo, restaurador de artes industriales, prototipo de la hidalguía española y de la caballerosidad más exquisita, merece que tributemos este homenaje a su memoria; si como varón ilustre es acreedor a que su nombre se escriba con letras de oro en el gran libro de nuestra historia; si es digno, por tantos títulos, de admiración y aplauso, todavía merece más los honores de la inmortalidad, y nuestra gratitud perdurable, por algo que para los sevillanos es oro de más subidos quilates; y ese algo es su acendrado, su entusiasta, su ferviente amor a nuestra adorada Sevilla.

Sí; a nuestra idolatrada Sevilla, que yo quisiera cantar con el arpa eólica de un alma enamorada; a esta bendita tierra, que si todos la proclaman sultana de Andalucía, venero inagotable de ensueños, jardín de doradas ilusiones, manantial riquísimo de leyendas, nido y vergel de amores, archivo glorioso de la historia, relicario de la fe, inspiración de los artistas y musa de los poetas, para nosotros, los que tuvimos la fortuna de que, al abrir por vez primera nuestros ojos á la luz, fueran rayos del sol sevillano los que hirieran nuestras retinas y penetraran hasta el fondo de nuestras almas; rayos de ese sol inconfundible, más hermoso y más alegre que todos los soles de todos los sistemas planetarios; y ambiente sevillano, perfumado de azahares, el primero que respiráramos como hálito de vida; y sevillana la mujer bendita que nos diera el primer beso y nos arrullara en su regazo; y sevillano el hogar donde se abriera nuestro corazón al sentimiento; y sevillanas las leyendas que impresionaran nuestras imaginaciones infantiles; y sevillano el altar donde eleváramos al cielo nuestras primeras oraciones; y sevillana la reja donde entonáramos nuestro primer canto de amor; y sevillanas las primeras obras de arte que conmovieran nuestro espíritu; y sevillana la primavera de nuestra vida, poética y riente como la primavera sevillana, con sus aromas y sus flores, nubes de incienso, devotos penitentes, soberbias esculturas, riquísima orfebrería, sublimes notas de Eslava, sentidísimas saetas, alegres repiques de nuestra esbelta Giralda, claveles rojos, mantillas blancas, cuadros

de luz, manchas de color, rompientes de gloria.... ¡Ah! Para nosotros es mucho más; es que forman una sola la nuestra y el alma sevillana, y veneraremos siempre al que, como el insigne Gestoso, quiera a Sevilla con toda su alma, y de Sevilla haga el amor de sus amores.

Gestoso amó a Sevilla con amor verdadero, desinteresado y puro; no fué uno de tantos declamadores que pregonan su amor a nuestra ciudad querida, sin sentir, o sintiendo débilmente ese amor, jamás refrendado con la abnegación y el sacrificio; no fué tampoco el amante platónico que pasara la vida en idealismos estériles, no; Gestoso selló su amor con sus propias obras; puso a contribución sus talentos, su gran cultura, su proverbial actividad, su tiempo, sus prestigios y aun su hacienda en beneficio de Sevilla, y no hay monumento, ni obra artística, ni recuerdo del tiempo viejo, ni rincón de la ciudad donde el arte o la historia alienten, que no proclame la bienhechora influencia, la paternal tutela, el solícito cuidado, la notoria competencia del amante apasionadísimo de Sevilla.

Preguntad, si no, a nuestra incomparable Catedral, y ella os dirá con cuánto entusiasmo y desinterés hubo de desempeñar el secretariado de aquella Junta de Obras creada para la restauración del grandioso templo; y os mostrará en la capilla de los Alabastros, donde se venera la bellísima Concepción del insigne Montañés, el magnífico frontal de azulejería dibujado y pintado por la mano de D. José Gestoso; y os enseñará el precioso capitel árabe que donara para colocarlo en la esbeltísima

Giralda; y os advertirá la muy acertada instalación de cuadros hecha en todas las capillas; y os mostrará en la biblioteca, mal llamada Colombina, más de cuatrocientos volúmenes que, años ha, donara, con más algunas cantidades en metálico de relativa importancia; y, en la misma dependencia, los retratos de Gustavo Adolfo Bécquer y de don José M.ª Asencio y Toledo, donativos suyos también; y os referirá sus incesantes trabajos en la dirección de cuantas obras de conservación de cuadros y decoración de retablos y altares se efectuaron en la Santa Iglesia; y os dirá cuán activa intervención tuvo en la restauración de las puertas de la Basílica, y cuántas fueron sus gestiones y sus instancias, durante muchos años, para que se realizaran las obras, por fortuna ya comenzadas, que habrán de devolver, al Patio de los Naranjos, gran parte de su belleza arquitectónica; y, en fin, no quedará altar, ni retablo, ni sepulcro, ni vidriera, ni lienzo, ni reja, ni escultura de los que forman el espléndido museo de nuestra Iglesia Metrolitana, que no os cuente cómo aquel insigne arqueólogo y artista pasó horas y horas, años y años, contemplando tantas riquezas, estudiando tan maravillosas producciones del genio, admirando tan soberbias manifestaciones del arte, para cantar, en sus libros, las glorias de nuestra querida Sevilla.

Preguntad al bellísimo alminar almohade, a ese peregrino ejemplar de la arquitectura africana que ofrece la primera manifestación de la azulejería sevillana; a esa esbelta y elegantísima torre de San Marcos, y ella os dirá cuánto hizo Gestoso para

que se realizaran las obras de restauración de que tan necesitada se hallaba.

Preguntad al histórico convento de Santa Paula y os enseñará los epitafios del Condestable D. Juan de Portugal y de su mujer D.ª Leonor Enríquez, hechos por su mano y colocados a sus expensas, por haberse destruído los primitivos, y en su deseo de que no se perdieran monumentos epigráficos tan interesantes para la historia de Sevilla.

Preguntad a la iglesia de San Estéban y os mostrará la lápida colocada a expensas del Sr. Gestoso para perpetuar el hecho de que en la pila de dicho templo recibió las aguas regeneradoras del bautismo el notabilísimo pintor Valdés Leal.

Preguntad a la hermosa iglesia de nuestra Universidad Literaria, y os presentará los monumentos sepulcrales de D. Antonio Martín Villa y Gustavo Adolfo Bécquer, a cuya erección tanto contribuyera la eficaz y peritísima cooperación de D. José Gestoso. Y quizás os diga también el templo universitario, que, como panteón de hombres ilustres, espera guardar en su sagrado recinto, y en artístico mausoleo de rica azulejería, los restos mortales de nuestro llorado compañero, que, si hoy yacen en panteón familiar, Sevilla tiene derecho a reclamarlos; Sevilla los debe reclamar para que reposen con las venerables reliquias de aquellos hombres que fueron brillante representación de la intelectualidad y de la cultura hispalenses.

Preguntad a esa preciosa joya del arte ojival florido; a esa linda capilla que el insigne Maese Rodrigo de Santaella hiciera construir en el Corral

de Xerez para su Colegio Mayor de Santa María de Jesús, y ella os contará, gozosa, una interesante historia; ella os dirá cómo hubo de ser condenada a muerte, y cómo se comenzaba a levantar ya el cadalso donde había de ejecutarse en breve plazo la fatal sentencia, y cómo sus muros y aquel hermoso arco ojival, con su archivolta festoneada por guirnaldas de hojas zarpadas que se levanta ante el presbiterio, y aquella bóveda del ábside, con sus elegantes nervaduras, sentían ya los primeros golpes de la piqueta demoledora; y os dirá que hubo un sevillano, con alma de artista y amante de su patria, que, con la urgençia que el caso requería, y con el denuedo y ahinco con que defendió siempre las venerandas reliquias del arte, gestionó y obtuvo el indulto, poniendo en juego hasta sus amistades personales y haciendo que por telégrafo se comunicara a las autoridades de esta ciudad que la capilla del antiguo Seminario era intangible porque había sido declarada monumento nacional.

Preguntad al legendario y espléndido palacio que habitaran, desde San Fernando y Alonso el Sabio hasta nuestros días, los monarcas de Castilla; a ese soberbio Alcázar que tantos recuerdos guarda, que tanta riqueza atesora, que tantas maravillas encierra, y os dirá que, bajo su inteligente dirección, se restauró en 1896 la portada principal; que por su iniciativa se hizo desaparecer aquel león antiartístico y anacrónico que aparecía sobre el arco de la puerta llamada de la Montería, sustituyéndose por el león heráldico que el propio Gestoso dibujara; y os referirá los perseverantes

estudios que hiciera de los restos del Akrópolis y de la morada de los Abbaditas y del palacio de D. Pedro el Justiciero, y sus investigaciones relativas al Palacio del Yeso y al Cuarto del Maestre, y al del Cidral, y al de los Oratorios, y del Lagarto, y tantas otras construcciones del Alcázar viejo, destruídas en la antigüedad y de que apenas quedan vestigios; y os dirá también que fué el primero, acaso el único, que trabajó en el interesante archivo de la regia estancia, sacando a luz importantísimos datos y noticias que contribuyeron eficazmente a que hiciera la más exacta, erudita y completa descripción que se ha hecho del grandioso monumento; y os dirá, en fin, y entre otras muchas cosas, que, en fecha reciente, lo honraba S. M. el Rey D. Alfonso XIII consultando su autorizada opinión sobre los últimos descubrimientos de antiguas construcciones y encomendándole la dirección arqueológica de los trabajos que con tal motivo se ejecutaron.

Preguntad a esa lindísima joya del arte mauritano, a esa torre constantemente acariciada por las ondas de ese río «que levanta igual al mar su altiva frente», por nuestro caudaloso Guadalquivir, en el espejo de cuyas aguas se mira, recreándose en su propia hermosura; preguntadle y os dirá con cuánto acierto cumplió el insigne Gestoso el encargo que se le confiara de dirigir, en la parte artístico-arqueológica, la restauración de tan interesante monumento, y cómo por sus sabias indicaciones recobró su primitiva belleza.

Preguntad a esa tan estimable muestra del arte

musulmán, al histórico torreón de Abdo-l-Aziz, o de Santo Tomás, donde se enarbolara la primera bandera cristiana al entrar en Sevilla Fernando III el Santo, y os dirá con cuánto acierto y pericia dirigió las obras de restauración de tan glorioso monumento.

Preguntad a ese palacio, severa y rígida muestra del estilo greco-romano, que ideara Herrera y ejecutara Minjares, a esa Casa Lonja, que tanto acusa su cercano parentesco con el famoso Escorial, y os enseñará en su riquísimo archivo de Indias el interesante «mapa hidrográfico del Golfo Mexicano», hecho en el siglo XVIII por el piloto Antonio Abreu y donado por el Sr. Gestoso; y os mostrará la valiosa estantería recientemente construída, gracias a la felicísima idea y labor perseverante del mismo Gestoso, que supo arbitrar recursos, obteniendo valiosos donativos de corporaciones, entidades y particulares, con los cuales se realizó dicha obra, que reclamaba la debida y decorosa conservación del inapreciable tesoro documental que allí se guarda.

Preguntad a esa hermosa página del estilo plateresco, a nuestras Casas Consistoriales, y ella os hablará con mayor elocuencia y mayor número de testimonios del grande y desinteresado amor de Gestoso a nuestra ciudad querida. Os dirá que por su iniciativa se realizaron las obras de restauración de las fachadas monumentales, y sus incesantes trabajos para que se acometiera la magna obra de tallar la parte moderna a semejanza de la antigua, obra, por desgracia, suspendida apenas comenzada;

y os mostrará las artísticas e interesantes puertas del vestíbulo, señalándoos los tableros bajos de ellas, tallados por ilustres escultores bajo la sabia dirección de Gestoso, que supo aprovechar hasta los menores vestigios de los tableros primitivos, casi destruídos. Y os enseñará su rico archivo, algún tiempo confiado a su peritísima custodia, y del que tantas y tan curiosas noticias hubo de exhumar, con las que ilustró sus obras en bien de la cultura sevillana; y os dará a leer sus actas capitulares, sembradas de votos expresivísimos de gracias al ilustre sevillano, ya por haber desempeñado gratuitamente el cargo de cronista en las fiestas del IV Centenario del descubrimiento de América, haciendo a sus expensas los viajes que se originaron y cuantos gastos fueron precisos; ya por haber dirigido el exhorno de la carrera por donde pasaron SS. MM. los Reyes de España en las visitas que hicieron a esta ciudad en los años 1892 y 1904; ya por sus felices iniciativas y meritísimos trabajos relativos a las brillantes exposiciones de «Pintura retrospectiva» (1896), de «Bordados» (1898) y de «Retratos antiguos» (1910); ya por su competente dirección en el descubrimiento de los famosos monolitos de la calle de los Mármoles; ya por haber contribuído al esplendor de públicos festejos. Y, en fin, os mostrará el notabilísimo Museo Arqueológico Municipal, debido a su iniciativa y enriquecido con valiosas donaciones de particulares, obtenidas por su diligencia e incansable celo, constituyendo tan laudable obra grande honra para la cultura sevillana y motivo justificadísimo para que el Excmo. Ayun-

tamiento de Sevilla, a más de acordar que se colocase en el local de dicho museo una inscripción que perpetuara la loable iniciativa y los esfuerzos de su ilustre fundador, y nombrarle conservador honorario de tan interesante centro de cultura, elevara al Gobierno de S. M. expresiva instancia para que se le concediera la Gran Cruz de Isabel la Católica, fundando aquella en la imposibilidad legal en que el Cabildo de la ciudad se hallaba de corresponder dignamente con un testimonio de gratitud a los grandes méritos y relevantes servicios prestados a la corporación municipal por el Sr. Gestoso, y en la consideración de alta justicia que demandaba otorgar la referida distinción a quien había realizado obras tan meritorias, desinteresadas y útiles, no recompensadas, hasta entonces, más que con la admiración y aplauso públicos.

Preguntad a este templo de las artes, donde ahora nos hallamos, y os dirá que, desde el año 1879, en que tomaba parte activísima en la organización del Museo Arqueológico Provincial, y en él prestaba gratuítamente valiosos servicios, encomiados por el ilustre D. Demetrio de los Ríos, laboró incesantemente en esta casa hasta el momento de su muerte. Él dirigió el alicatado del vestíbulo y galerías de entrada, no sin antes haber gestionado con éxito la donación por el Estado de los azulejos antiguos que lo forman; él tuvo intervención muy directa en las grandes obras que se ejecutaron cuando, gracias a la Excma. Diputación Provincial, se anexionó la gran parte del edificio ocupada por la Escuela Normal de Maestros; él dirigió los alicatados y el

exorno de nuestros hermosos patios y sus claustros; él instaló, y solemnemente inauguró, el gran salón destinado a las obras del insigne sevillano Juan de Valdés Leal, muchos de cuyos cuadros yacían olvidados en obscuros almacenes; él ornamentó artística y lujosamente la sala destinada a despacho de secretaría; él donó, y en el local de la Comisión de Monumentos se conserva, la interesante reproducción de la hermosa lápida con caracteres cúficos de resalto, colocada hoy en el templo del Salvador y procedente de la antigua mezquita que allí se alzaba; él consiguió de los Caballeros de las Órdenes Militares que depositaran en este Museo de Pinturas la riquísima colección de tablas, propiedad del Capítulo de dichas Órdenes, y que constituyen página interesantísima para el estudio de la primitiva época de la pintura sevillana; él catalogó todo el caudal pictórico y escultórico que custodiamos; él, en fin, trabajó incesantemente por el embellecimiento del Museo y por los prestigios de la Academia, sucesora de aquella otra que, en el siglo XVII, inmortalizara el pintor de las Concepciones.

Preguntad.... ¿a qué seguir, si el interrogatorio se haría interminable? La Sevilla monumental proclamará siempre la gratitud que debe al ilustre sevillano cuya muerte lloramos; gratitud debida, no sólo por el interés que mostró en el estudio de tan espléndidas manifestaciones del arte, sino por haber sido su más celoso e infatigable defensor, impulsado por su grande amor a nuestra ciudad querida. Y bueno fuera que la Iglesia y el Estado, las corporaciones y entidades de quienes hoy dependen los

edificios y monumentos religiosos, militares y civiles, que forman la imponderable riqueza arquitectónica de Sevilla, acordaran perpetuar, por medio de lápidas e inscripciones en aquéllos colocadas, la meritoria labor que en cada uno de ellos desarrollara nuestro inolvidable compañero, no sólo para rendir tributo a su esclarecida memoria, sí que también para edificante ejemplo de las generaciones futuras.

Pero no es sólo esta labor cultural, no son únicamente los monumentos los que proclaman el sevillanismo de Gestoso. Su amor a esta ciudad era impulso que constantemente movía su prodigiosa actividad, y no perdonaba ocasión, ni omitía esfuerzo, ni regateaba sacrificio siempre que de honrar a su patria se trataba. Díganlo las Exposiciones artísticas celebradas en Madrid (1882), Barcelona (1891, 1892, 1893, 1907, 1910 y 1911), en Munich (1883), en Chicago (1893) y muchas más, donde tan brillante representación artística tuvo nuestra ciudad, merced a las gestiones y trabajos que realizara nuestro inolvidable amigo, persiguiendo exclusivamente honra y gloria para la Sevilla de sus amores.

Y que amaba a Sevilla con intenso amor, sólo comparable con el que profesaba a su familia y à su hogar, lo testifica una escena conmovedora de que fuí testigo presencial. Cuando, en el infausto día 26 de Septiembre de 1917, llegó a mí la desconsoladora noticia del fallecimiento de Gestoso, y, en alas de tan dolorosa impresión, corrí a rendir un último tributo de cariño al infortunado amigo,



hallábase ya envuelto en blanco sudario su cadáver, y, arrodillada a los pies de éste, la ilustre y muy culta dama, compañera de su vida, vertiendo raudales de lágrimas, y en los transportes del dolor, evocaba, entre sollozos, el recuerdo de las virtudes morales y cívicas y de los grandes méritos del sér querido; y allí escuché estas palabras, dignas de perpetuarse, porque, pronunciadas por la que había sido poseedora de los más íntimos afectos de aquel hombre ilustre, y de los más recónditos secretos de su corazón, tienen autoridad indisputable, y porque retratan a maravilla la nota saliente de aquel varón insigne, su sevillanismo: «Si Sevilla—decía la apenadísima señora—hubiera tenido enaguas, mi vida hubiera sido un martirio; Sevilla era mi rival; Sevilla y yo le lloraremos eternamente.»

—¡Qué verdad tan evidente!—me dije.—Muy grande es el vacío que deja en su hogar, pero no es menos grande el que deja en Sevilla; mucho le llorarán su viuda y sus hijos, pero no le llorará menos Sevilla, que difícilmente encontrará un hijo más amante y que tan desinteresadamente, y con tan notorio acierto y con tan ferviente entusiasmo, labore por sus más altos intereses, por su engrandecimiento y por su gloria.

Y pensó Gestoso en Sevilla para después de su muerte y quiso que se perpetuara su amor a nuestra ciudad querida. Por una de las cláusulas de su disposición testamentaria lega a la Biblioteca Capitular de esta Santa Iglesia un magnífico tesoro, que así pueden denominarse «los manuscritos de su pluma, sus papeles históricos y literarios y sus li-

bros.» Mucho valen las trescientas obras con que se enriquecerá la ya rica Colombina; pero lo que es inapreciable, lo que ha de ser objeto de grande estima para los estudiosos, es la colección formada por 213 volúmenes de *Papeles varios,* interesantísimos todos, que forman parte del legado, y que, por tanto, habrán de custodiarse en dicha Biblioteca y serán fuente inagotable de datos y noticias para los que quieran escribir historia de Sevilla o de las artes.

Pero no ha sido puro este legado, sino condicional; y entre las diversas condiciones que el testador impuso, merece especialísima mención la de que la manda quedará sin efecto si la Biblioteca Colombina fuera trasladada a otra población distinta de Sevilla; de lo que claramente se colige que si el testador, al establecer este legado, quiso que sus libros y papeles fueran a la Colombina, «en prenda de cariño y para aprovechamiento de los estudiosos,» lo quiso, principalmente, porque la Colombina es sevillana y a Sevilla le dedicaba esta prenda de su amor. Y para que de ello no quedaran dudas, agrega el testador: «Y aun cuando el móvil de su conducta en este punto se descubre fácilmente, no quiere dejar de manifestar que procede de esta manera en atención a que, habiendo dedicado todos los esfuerzos y estudios de su vida a la ciudad de Sevilla y en su honra, quiere que en ella queden sus libros, papeles, manuscritos y materiales de trabajo, como modesto testimonio del cariño que siempre tuvo a su patria.»

Y este cariño, tan evidente y probado, ha de

tener espléndida ratificación cuando transcurran sesenta y dos años. Los hombres que entonces vivan tendrán ocasión de conocer testimonios que acreditarán hasta qué punto llegaron los desvelos, los esfuerzos y los sacrificios que D. José Gestoso y Pérez se impuso por su acendrado amor a Sevilla, y se conocerán hechos que hoy no sería discreto dar a la publicidad, porque habrían de producir sensación, y aún viven muchas de las personas que en ellos intervinieron. En instrucciones, escritas de su mano, encarga a su viuda y albaceas entreguen, a la misma Biblioteca Colombina, sus tomos de correspondencia particular, pero encajonados y precintados, con la condición expresa que no sean abiertos, ni puedan ser examinados, hasta el año de 1980. Y de igual manera, y con idéntica condición, habrán de entregar una cajita de nogal que guarda manuscritos suyos. Algo de lo que esos manuscritos dicen hubo de revelarme mi buen amigo, siendo ocioso decir que esas revelaciones las llevaré a mi tumba, y que por mí no han de quebrantarse, en modo alguno, los precintos de la interesante cajita de nogal. Sólo diré que los sevillanos de 1980 tendrán la fortuna de saber hasta dónde llegó el patriotismo del esforzado paladín del arte y sus gloriosas tradiciones.

Quiso, en fin, nuestro insustituíble compañero, que hasta en su losa cineraria quedara grabado su intenso amor a Sevilla, y así lo proclama el epitafio que dejara redactado, y dice así:

«Aquí yace el Ldo. D. José Gestoso y Pérez, Gran Cruz de las Órdenes de Alfonso XII y de

Isabel la Católica; Comendador de número de la de Carlos III; Gentil hombre de la Cámara de S. M. el Rey con ejercicio; C. de las Reales Academias Española, de San Fernando y de la Historia; Académico Secretario general de la de Bellás Artes; Preeminente de la de Buenas Letras; Oficial de Instrucción pública de Francia, etc., etc.

Gastó su vida en la defensa de los intereses históricos y artísticos de esta ciudad; procurando solícito la conservación de sus tradiciones y monumentos, cuya historia ilustró con su pluma, para honrar a su patria cuanto pudo. Descansó en el Señor el día....

Rueguen a Dios por él.»

# EPÍLOGO



E aquí, señores académicos, lo que hemos perdido. He aquí, señoras y señores, lo que ha perdido Sevilla: y por el precio de lo perdido bien pueden quilatarse los grados de nuestro dolor. Hemos perdido un compañero de los más ilustres, un literato insigne, un artista eximio, un arqueólogo entusiasta y competentísimo, un artífice experto, un publicista fecundo y notable; un sabio de erudición vastísima, un maestro, cuyas enseñanzas habrán de perdurar; un caballero integérrimo y pundonoroso a la antigua usanza, modelo de la hidalguía española; un amigo cariñoso y un sevillano de corazón, apasionado por nuestra ciudad querida. ¡Cómo no ha de ser profundo e intensísimo nuestro dolor!

Lloremos, pues, con aquellas lágrimas dulces, santas, llenas de divinos consuelos, la muerte de varón de tantas virtudes y de merecimientos tan-

tos; lloremos el inmenso vacío que deja en ambas Corporaciones; lloremos por el arte y por las letras, que tan grande quebranto sufren; lloremos por nuestros monumentos, huérfanos hoy de su paternal solicitud; lloremos, en fin, por nuestra idolatrada Sevilla, que pierde uno de sus hijos que más la amaron y que más contribuyeron a su cultura y esplendor.

Lloremos, sí, que es grande nuestro dolor, porque grande es el precio de lo perdido; y bien hacemos en llorarle, que el dolor engrandece nuestras almas, porque es, en la ley misteriosa de nuestra existencia, como bálsamo que purifica nuestras virtudes, haciéndonos pensar que nacimos para otro mundo mejor; y no olvidemos que en ese agridulce de la vida terrena, en esa contradicción, en esa lucha constante entre la felicidad a que aspiramos y la adversidad que nos combate y nos produce el dolor, está encerrado el enigma de nuestra grandeza; y que ese dolor que tantas veces hizo vibrar la lira del poeta; ese dolor que tantas veces tuvo expresión sublime en los cuadros y en la estatuaria y en las notas del pentágrama, ese dolor infinito es el Angel de Dios, que siembra de flores el camino de la vida y muestra sonriendo la mansión divina de los cielos.

Y sírvanos de lenitivo la consoladora idea de que Gestoso nos há dejado algo, y aun mucho de su sér, que nos permite repetir lo que, en análoga ocasión, dijera una ilustre poetisa sevillana, en los momentos de aflicción y de dolor, por la muerte de su hermano, inspiradísimo poeta lírico de me-

recida fama y Académico preeminente que fué de la Real Sevillana de Buenas Letras:

«Ya el muro de mi hogar se ha derrumbado;
ya consiguió la muerte su victoria;
pero es más grande la que tú has logrado:
que de la muerte triunfa tu memoria;
y es algo de tu sér, porque has dejado
el destello bendito de tu gloria.»

HE DICHO.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE DISCURSO
NECROLÓGICO EN LA IMPRENTA DE
GIRONÉS EL DÍA TREINTA DE
NOVIEMBRE DEL AÑO DE
MCMXVIII